

# Felicio Robles y el último cuento

IN MEMORIAM

LA PUERTA se abrió, y desde la oscuridad emergió la sonrisa clínica de Felicio. Nos quedamos mirándonos sin ningún gesto, como cazador y presa al final de un largo recorrido de acechanza, perplejos por la evidencia de una decisión que parecía desprovista de un día preciso para ocurrir. Pasados unos interminables segundos nos dimos la mano enérgicamente: "Felicio", dije, y él me imitó diciendo sólo "José". No dejó de apretar mi mano ni se apartó para hacerme pasar hasta que exhalé el suspiro que estaba esperando; entonces me dió la espalda y penetramos en su mundo calculador y húmedo. De la antagónica variedad de sentimientos concitados por el encuentro, el odio aminoró el paso y se diluyó en una intensa bruma moteada de recuerdos, mientras el revólver perdía peso y futuro dentro del bolsillo de mi gabán. Y de los múltiples objetos que poblaban su despacho, que ahora consistía en toda la casa menos la cocina, mi vista fue magnetizada por el teléfono, el aparato negro y erguido como un ave rapaz lista para el asalto, que me había lanzado el dardo de su voz hacía ya quince densos años. Apenas si noté su precipitación por acorazarse tras el buró, en la silla giratoria de pronunciado espaldar. El invento de Bell absorbía toda mi atención: era el artilugio más siniestramente simbólico de nuestra historia, la referencia a la ruptura con un pasado sin sobresaltos y sin Felicio Robles, que de alguna forma se debía restablecer.

Puse la carta con el membrete oficial de la Fundación sobre sus papeles dispersos y por primera vez, al sentarme, lo miré con la convicción de lo irreversible. "Se acabó, Felicio, se acabó" pensé dándome cuenta que sudaba profusamente pero, sin embargo, me veía libre del pestañeo incesante y el tic en el lado izquierdo de mi cara. Se quedó observando la carta con un tinte de tristeza y resignación en su sonrisa burlona. Era obvio que no pensaba tocarla, al menos en mi presencia. Felicio Robles no era hombre que se rindiera fácil-

mente; consideraba la realidad una especie de dama plagada de puntos débiles y seducirla una cuestión de tiempo y paciencia. Sus relatos habían ganado siete de nuestras últimas catorce convocatorias. Privarlo de la octava se había convertido en el sentido de mi vida. Una vida que Felicio ensombreció minuciosamente, como si le aportara adicionales placeres a su obra destructiva. Mirándolo nervioso, en el confort de su trinchera de conjuras, iluminado por el brillo de la pantalla del ordenador, recordé la inocencia de su voz el primer día, el singular aire siniestro de sus preguntas manidas que me habían poblado de premoniciones oscuras, mientras sus frases de fingido agradecimiento se establecían amenazadoras en la antesala de la memoria. Era casi veinte años más joven que yo y, con el tiempo, esa distancia cronológica aumentó cruelmente, adoptó formas socavadoras de todos los cimientos de mi existencia como un pariente odioso que te va quitando la paz, el agua y la comida mientras tras tu esposa, la fiel escudera de un largo trayecto, se rinde perturbadoramente a sus falaces encantos. Esta vez sabía que iba a por él, algo en mi actitud lo amedrentaba. Hasta los tiranos más creídos alimentan el temor del mañana, de la hora final.

Viéndolo sobrecogerse, quizá por algún tipo de ósmosis fisiológica inusitada, rememoré nuestros mejores tiempos, aquella lejana época cuando él había ganado...¿cuántas veces?, tres, estoy seguro que tres en cinco años, y su firma en el cuadro de honor comenzaba a parecer la de un columnista mordaz de un diario de provincias. Acordamos pedirle que se convirtiera en jurado, que pasara la barrera y se metiera en el ruedo con nosotros; hacerle ver, todavía con simpatía y buenas maneras, que la Fundación no era su coto privado de caza que estaba bien ya, sobrado incluso, que se aprovechara incesantemente del concurso convocado para una memoria diferente a la suya, metiendo mano en la caja de caudales como quien saquea las ofrendas de un altar para tener caudal en el bolsillo. Fue esa la primera vez que entré en su casa, espantado como alguien que se introduce en uno de esos lugares hostiles a la decencia. Duele, da escozor y me recorre el cuerpo un cierto enervamiento sexual cuando recuerdo que nos abrazamos un largo instante, que su aliento ácido viajaba por las cavidades de mi oído soplando como las serpientes asesinas y su “¡querido José!” me produjo la emoción de una doncella que no siendo hermosa siente deseada. No imaginaba el propósito de mi visita; las extremadas atenciones y los modales desplegados para iniciarme en los secretos rincones de sus prodigios narrativos, dejando incluso que me sentara en su poltrona amanue-

se , menos pretenciosa que la que ahora lo refugia, como quien trota sobre un caballo que ha ganado todas las carreras y sólo te soporta en su lomo a expensas de la mirada imperativa de su amo. Pero cuando resultó avisado y su instinto de profeta divisó la forma solapada en que el velero de los premios se dejaba poseer por la brumosa eficacia administrativa, su semblante se enardecía, el tono amable se hizo gélido y el poeta sensible dio paso al caudillo invicto. “No me gusta leer, don José” dijo reclamando con la mirada que abandonara el sientto profanado, “me parece harto suficiente la imposición de alternar mis pretensiones”, porque justo cuando lo consiguió la primera vez, en una iluminación admonitoria exigí casi y obtuve por completo la aprobación de la cláusula para invalidar la participación consecutiva de los triunfadores. Acepté su negativa como correspondía a mi estirpe de albacea mudo de los inspirados, pero sin inocencia, sintiendo cómo nuestras miradas ebullían en una enemistad infinita e irremediable.

La historia de las siguientes convocatorias se redujo al pulso de esa enemistad feroz. Las bases fueron modificándose para estrangular sus virtudes. Primero amputamos páginas, en un vano intento de reducir su prolijidad brillante, lo que refutó anotándose el más sonado de los triunfos: un relato breve al que faltaban dos folios sobre el límite y aún así perturbó a los jurados hasta el llanto, desconcertándolos con su habilidad para expresar lo inefable del modo más escueto y desgarrador. Su indagación en el penoso mundo de un sordomudo, enamorado de la música por la magia efímera de una única oportunidad en que pudo escucharla, nos condujo al siguiente obstáculo para acosar a Felicio. Dadas sus inclinaciones hacia los temas de la más cotidiana realidad y los personajes simples hasta lo anodino, recurrimos a la idea de establecer un tema obligado: la narrativa fantástica, bien distante del mundo real. Quince minutos después de hacer público el anuncio del cambio, recibía la respuesta silenciosa de Felicio Robles: una llamada telefónica muda, unos segundos vacíos de sonido, al más puro estilo de su último personaje, el pobre individuo que llamaba por teléfono a las emisoras de música para soñar las melodías cuyo recuerdo le enloquecía.

Como todo el que guerrea ambiciona la victoria, llamé eufórico al secretario cultural de la Fundación y le participé la buena nueva con voz entrecortada “Felicio se rinde, ¿me oyes?, Felicio capitula”. Esa noche, las esposas de los más insignes miembros de la directiva la pasaron en vela. No recordaban—y por consiguiente no alcanzaban a entender— una borrachera colectiva de tan des-

comunales proporciones. Hubo daños y desmanes, bullicios e innumerable tropelías, pero la felicidad era tan grande y contagiosa, que los agentes de orden llamados en nuestra captura terminaron por conducirnos a casa como viejos amigos que cortan por lo sano. En la mañana, el dolor de cabeza me pareció un tributo bien exiguo por la dicha que me embargaba. Era la segunda vez que sentía cariño por Felicio; quería llamarlo y darle las gracias, asegurarle que la oferta para convertirse en jurado se mantenía inalterable, que comprendiera sin tomarnos mala voluntad, que el concurso no era un juego de vanidades, que debía preservarse de *accidentes* como él y, por supuesto, animarlo a que la emprendiera con la novela, el teatro o el cine. Marqué su teléfono invadido por la euforia de la paz, pero el silencio del otro lado, la actitud beligerante de la persona que descuelga el auricular pero no habla, me paralizó. Pasado el primer instante escuché su respiración parecida a la de un camello que se dispone a cruzar el desierto y, enseguida, el tecleo indetenible de un ordenador: Felicio reanudaba las hostilidades.

Su cuento, sobre la reencarnación y los artificios que ésta impone en un alma sublime del pasado para sobrellevar la modernidad, arrasó con las otras obras. La entrega del premio se convirtió en la más sentida expresión de duelo. Felicio se reía descaradamente del concurso. Nada más amanecer el nuevo día el presidente tocaba con nudillos exasperados la puerta de su casa mientras, a sus espaldas, en un conveniente segundo plano, en una muy distinta segunda visita, esperaba yo la siniestra sonrisa de Felicio. Esta vez era mucho menos amable y más poderoso; la chequera temblorosa en manos del atribulado presidente no alteró su respiración, aunque sí consiguió una breve mirada de desprecio. Las amenazas, más o menos veladas, le hicieron incorporarse e improvisar una sutil evocación a nuestras progenitoras. Resultó un cierto alivio por que mi reputación quedaba intacta. Evidentemente no había exagerado un pelo: la actitud de nuestro encarnizado enemigo era de abierto desafío. Solo en el abatido regreso, era el momento de convencer al anciano jefe de que Felicio Robles no era una casualidad atravesada en el camino, ni alguien que se convence con tímidas estrategias. Felicio era una cuestión de vida o muerte. En los últimos años, cuando no concursaba, caso siguiente a cada una de sus habituales victorias, acudían cientos de escritores de la más variada pinta y estirpe ansiosos de un galardón que en la próxima edición sería imposible, porque la fama de la alternancia tiránica de Felicio Robles iba más allá de mares y fronteras. Los años impares, los de sus éxitos refulgentes y cacofónico, se prese-

taban sólo algunos testarudos o ignorantes no iniciados en su tautología. De manera que poco a poco, una vuelta al sol y otra no, estábamos publicando su solapado libro de relatos, su novela por entregas, como una pobre editorial prostituida por el talento inmisericorde de un único autor. La junta estuvo de acuerdo: el ridículo nos envolvía con el ambiente viciado de los peores tugurios. La última prueba, irrefutable, era el editorial del periódico local, aparecido en la misma fecha que la última convocatoria, a la que llamaba, sin la más mínima contemplación, “Premio Felicio Robles *in alternus*”.

Por eso, cumpliendo los designios ineluctables del destino, nos encontramos frente a frente, porque la humillación impone los más altos sacrificios y Felicio Robles nos había hecho morder el polvo de sus caprichos y todavía no se sentía complacido, amenazaba con llegar más lejos: avispados periodistas insinuaban una burla de enormes proporciones. Amigos bien informados musitaban que su próximo relato pintaba a la Fundación como un burdel de la peor especie, mientras que nosotros mismos éramos convertidos en risibles personajes por vía de la más grotesca fantasía.

–Deberías leer la carta, Felicio –propuse impulsado por la rabia de sentirme convertido en una atracción de feria.

–Le he dicho antes, *don* José, –respondió juntando las puntas de los dedos frente al pecho, como si sopesara una bola de cristal– que no me gusta leer. Dígame usted lo que sea.

Éste era el auténtico Felicio Robles, arrogante y frío, obstinado en sus propósitos y peyorativo en el trato. No me sorprendió, lo conocía bien de obra y de palabra, nunca mejor dicho.

–Como quieras, Felicio, como quieras –accedí suspirando– quizá ya esperes algo como esto: la Fundación te nombra miembro honorario –dije lentamente, viendo cómo su nerviosismo se diluía en despectiva soberbia– tendrás tu propio concurso de relatos, con tu nombre completo en mayúsculas –concluí imperturbable.

Felicio, sintiendo ya innecesaria la protección de la mole de madera donde reposaba la carta de nuestra indignidad, se separó del buró. Le parecía mentira que hubiera terminado de doblegarnos...o ¿acaso debía decir *doblegar*me? Al fin y al cabo, ¿quién era Felicio realmente?, ¿un francotirador que apenas

repara en sus víctimas, obcecado por la precisión del disparo, o el asesino es la serie que las escoge meticulosamente, como parte de un ritual insustituible?

–De ninguna manera, señor mío –rechazó la generosa ofrenda con su sonrisa malvada– ya antes me negué a ser jurado –recordó traqueando los dedos huesudos– además, tendría que estar muerto, ¿no?

Ay, Felicio Robles... el sentido de mi vida. Cuando me vió sonreír comprendí sin falta que en esta ocasión, por una única vez, lo esperaba al final del camino que se había convertido en el personaje protagónico de mi relato, el blanco inequívoco del revólver lustroso que aparecía en mi mano al tiempo que me incorporaba paladeando su miedo, el temblor de sus labios desprovistos de color.

–Efectivamente, Felicio, –concedí, mientras fascinado me daba cuenta que a pesar de su pavor asfixiante, aquilataba el potencial literario de la escena– sería de muy mal gusto que estuvieras vivo... tienes toda la razón.

Disparé una por una y concienzudamente todas las balas, no porque lo odiaba hasta el ensañamiento, sino porque estaba seguro de que era muy difícil eliminar a Felicio Robles y, de modo curioso, también para regalarle a mis pulmones el éxtasis de la pólvora justiciera. Luego tomé el teléfono, la maldita urraca de Bell que signaba lo peor de mi vida, evocando la angustia del sordomudo que, justo como yo, se siente cruelmente castigado por un destino absurdo, y en parte a la policía, arranqué de cuajo la línea telefónica que había enlazado mi existencia a ese obstáculo insaciable de apellido Robles y me senté a esperarlos. Felicio estaba tan muerto como cualquier otro ser acribillado por las leyes de la balística. Observándole, con los ojos y la boca abiertos en interminable asombro, me pareció inofensivo y triste: sentí pena de él. “Deberías haber leído la carta, Felicio” pensé suspirando sin dejar de mirarlo, extasiado en la realidad de su muerte. “Sólo te pedíamos que, por favor, nos dejaras tranquilo y que te olvidaras ya del cuento y de nosotros”.